

Hasta al cabo de un rato no pudieron comprender que el muerto era Gaude. Con efecto, habíase hallado al célebre cirujano muerto en un sillón de su gabinete, sin que se supiera a punto fijo de qué enfermedad murió. A pesar de sus sesenta y ocho años, Gaude, que continuaba soltero, estaba muy robusto y se decía en voz baja que aún se permitía jugar con sus clientes reconocidas. Mateo recordó un ensueño atroz que tuvo Serafina ante él, un día en que maldecía al médico que la arrancó, con el sexo, el placer: «¡Ah! ¡Si un día fuéramos a su casa todas las castradas y le castrásemos a su vez!» Eran millares de millares, un ejército, un pueblo de infecundas, capaces de derribar la casa en que se albergaba su castrador, para tomar de él cumplida venganza. Lo que emocionaba a Mateo es que se decía que habían encontrado a Gaude sobre su sillón, desnudo, mutilado, sangriento. Y cuando Serafina vió que la miraba, como víctima de una pesadilla horrosa, añadió, con su risa de demente:

—Estábamos todas; ha muerto.

Era imposible, inverosímil; pero quizá había sucedido. Y el terror de lo ignorado, de lo misterioso, de lo horrible, asaltó por un momento a los dos hombres. Boutan se había acercado a Mateo y le dijo al oído:

—Antes de ocho días estará loca rematada.

Así fué. Ocho días después, la baronesa de Lorcwicz tenía puesta la camisa de fuerza. En ella la cruenta operación había atacado el cerebro, trastornado por la rabia de no poder satisfacer sus deseos. Se la aisló, y ni visitarla fué permitido, pues en sus crisis hacía gestos y decía palabras de una lubricidad tal, que hasta los mismos enfermeros quedaban horrorizados.

Mateo y Boutan velaron a Constanca hasta que

fué de día. No abrió los ojos, no despegó los labios. Cuando entró en el cuarto el primer rayo de sol, volviósse hacia la pared y murió.

IV

Pasaron años todavía. Mateo tenía sesenta y ocho; Mariana sesenta y cinco, cuando, a pesar de la creciente fortuna que debían a la fe que tenían a la vida, a su valor nunca desmentido, se produjo una postrera lucha, la más dolorosa quizá de su vida, que, por un momento, amenazó abrir su tumba.

Mariana tuvo que acostarse, un día, temblorosa, abatida. Una querella muy ruda había estallado entre sus hijos; una execrable querella se inició y tomó cuerpo entre el molino, donde mandaba Gregorio, y la granja, cuidada por Gervasio y Clara. Ambrosio, nombrado árbitro, en vez de calmar las pasiones, las exaltó más, por no haber procedido con el tiento necesario. Al salir de casa de Ambrosio, que la recibió brutalmente cuando supo el motivo de su visita, es cuando Mariana tuvo que ponerse en cama, desesperada, anonadada al ver que sus hijos no la respetaban, no la querían, y entre ellos se peleaban y anhelaban devorarse. Suplicó a Mateo que no llamase ningún médico, asegurándole que no padecía, que no tenía ninguna enfermedad. Pero, de todos modos, cada día estaba más débil y se moría lentamente, como una luz que se extingue, vencida por el dolor que la asaltaba. ¿Cómo imaginar lo que ocurría? ¡Aquellos hijos suyos tan amados, tan queridos, tan amantes, crecidos al calor de sus besos y de sus

cuidados, tan unidos entre sí, tan fuertes todos, aquellos muchachos que formaban un núcleo de amor y de defensa, ahora se desbandaban, se destrozaban unos a otros! ¿Tienen, pues, razón, los que dicen que cuanto más aumenta la familia, mayor es la cosecha de ingratitudes que recogen los padres y que, hasta el fin, nadie es dichoso?

—¡Ah!—decía Mateo, estrechando entre las suyas la mano de Mariana,—haber luchado y sufrido tanto durante tantos años, para venir a parar a esta tristeza suprema, la que más nos abate y desconsuela. Decididamente, es preciso luchar sin tregua, y la dicha no se alcanza sino a través de los sufrimientos y de las lágrimas... Aun debemos esperar, luchar y triunfar, pues aún vivimos.

Pero Mariana no reaccionaba, como si estuviese ya anonadada.

—No, no me queda ya energía; ya estoy vencida. Las heridas causadas por manos extrañas, las he curado siempre. Pero esta herida proviene de mi misma sangre, y mi sangre corre y me ahoga... Toda nuestra obra queda destruída. En los últimos días de nuestra vida, nuestra fuerza, nuestra salud, nuestra alegría, eran engañosas.

Mateo, contagiado por el temor doloroso de aquel desastre, íbase a llorar lejos de Mariana, viéndola ya muerta, viéndose solo.

Aquella maldita querrela estalló con motivo de los eriales incultos que se metían como una cuña en los dominios feraces de Chantebled. Desde muchos años atrás, el vetusto molino, envuelto en su manto de yedra, había sido derribado. Gregorio, realizando el proyecto de su padre, lo había convertido en una gran fábrica harinera movida por vapor, unida a Jonville por un ramal de vía férrea. El mismo había variado, personalmente, bastante. Era un hombre robusto y grueso, y desde que

estaba en camino de ganar una gran fortuna, había reposado, no guardando de su viveza de genio sino una propensión a encolerizarse con gran facilidad. Cuando la cólera le dominaba, únicamente Teresa sabía calmarle. Muchas veces había estado a punto de reñir con su suegro Lepailleur, que abusaba de él invocando sus setenta años.

El viejo molinero no pudo impedir las nuevas construcciones, a pesar de sus tremendos vaticinios, y ahora que veía la fábrica en plena prosperidad, se deshacía en invectivas contra ella, indignado al ver que no había sido buen profeta. Había sido dos veces; no solamente los campos de Chantebled producían una cantidad fabulosa de granos, demostrando la fecundidad inagotable de la tierra, sino que el viejo molino, que en su desprecio por todos los instrumentos de trabajo, calificaba de inútil esqueleto, renacía, se agigantaba y prometía una espléndida fortuna a su yerno, porque éste tuvo la fe que él, Lepailleur, no tuvo nunca. Lo peor era que continuaba viviendo, como para asistir al triunfo de todos sus enemigos. Únicamente le regocijaba que Gregorio mantuviera su palabra de no ceder sus baldíos a la granja, que no los cultivara siquiera, siguiendo sus indicaciones. Aquellos páramos, que continuaban estériles, cortando con una faja de desolación los campos verdeantes, le alegraba, satisfacía su odio, como si fuese un mentís a la fecundidad de los campos vecinos. A menudo paseaba por allí, cual si fuese el rey de los pedregales y breñas, orgulloso de la miseria del suelo, irguiendo su cuerpo largo y delgado. Debía acechar continuamente algún pretexto para turbar la paz de los hogares, pues fué él quien, en uno de sus paseos por los eriales, descubrió que la granja se había apoderado

de una parte del terreno que pertenecía al molino. Tanta maña se dió en envenenar la cuestión con reticencias y palabras de doble sentido, que pronto estalló la querrela que amenazaba turbar la dicha de los Froment.

Gregorio era, en punto a negocios, un hombre que, obedeciendo a su temperamento sanguíneo, resultaba un tanto rudo y obcecado. Cuando su suegro le fué con el cuento de que los de la granja habían cultivado una faja de tierra que era del molino, sin duda para seguir por tal camino, si no se ponía coto a ello, quiso en seguida estudiar el caso, a fin de que nadie se burlara de él. Lo grave era que no se encontraban los mojones. Así era que la granja podía sostener que se había engañado de buena fe, o que no había rebasado sus límites. Pero Lepailleur aseguraba lo contrario, precisaba el punto, trazaba con un palo la línea divisoria, jurando que allí había estado. Se acabó de enredar la cuestión a consecuencia de hablar los dos hermanos, Gervasio y Gregorio, por haber éste pronunciado palabras ofensivas. Al día siguiente rompió con su hermano, y empezó un proceso. Gervasio contestó con la amenaza de no enviar un sólo grano de trigo al molino, y aquello resultó muy grave para Gregorio, porque podía decirse que Chantebled había realmente hecho prosperar la nueva fábrica. Desde aquel momento empeoró la situación, porque Ambrosio, llevado de su carácter, acabó por descontentar a sus dos hermanos. La guerra fratricida aumentaba su campo de acción, y actualmente eran ya tres los hermanos que peleaban, uno contra otro. Aquello parecía la destrucción de toda la familia, que, dominada por aquel furor destructivo, se hundía bajo las ráfagas de locura y de odio y derrumbaba

la obra de amor y de ternura que había llegado a realizar.

Mateo trató naturalmente de intervenir; pero comprendió desde las primeras palabras que si no lograba imponer la autoridad paternal, la situación empeoraría cada vez más. Esperó, pues, con puntura favorable que le permitiera apaciguar los ánimos, que cada vez se mostraban más exaltados. La familia que había engendrado, el reino que fundara, toda su obra, fundada con tanto trabajo y tanto amor, desaparecía de un golpe. Una obra no puede vivir sino para el amor; el amor que la crea es el único que puede eternizarlo, y se hunde tan pronto como se rompe el lazo de solidaridad paternal. En vez de dejar la suya en plena florecencia de alegría, de bondad y de vigor, la vería destrozada, manchada, muerta, antes que hubiese muerto él mismo.

Al pensar la grandeza de la obra cumplida, al ver aquella propiedad que cada año rendía cosechas más ópimas, aquel molino renovado y floreciente que naciera de su genio, sentía más aquella herrota final, que le parecía un atentado fratricida contra la vida misma.

Una tarde de septiembre, a la hora del crepúsculo, tan triste en aquel tiempo, Mariana se acercó con la silla a la ventana que daba al campo.

La cuidaba únicamente Carlota, y no tenía junto a ella más que su último hijo, Benjamín. Desde que sus hijos estaban en continua guerra, había cerrado la puerta para todos; y no quería abrirla hasta que todos estuviesen reconciliados y le dieran la inmensa alegría, la sola que pudiera hacerla vivir, de abrazarla y de abrazarse mutuamente. Aquella triste tarde, Mateo se había sentado junto a ella, tomándole cariñosamente la mano como de

costumbre. No hablaron durante mucho rato, mirando la llanura que se extendía ante ellos, los campos sin fin que se perdían bajo el velo de la bruma, el molino cuya alta chimenea coronada por un penacho de humo, se erguía a orillas del Yeuse, París que aparecía en último término iluminado por roja claridad, indecisa, semejante al resplandor de una inmensa fragua.

Pasaban los minutos. Mateo, por la tarde, había andado mucho hasta las granjas de Mareuil y Lillebonne, para olvidar su tormento. Al cabo dijo a media voz:

—No he visto nunca tan bien preparadas las tierras. En la meseta, los campos han ganado por el nuevo método de cultivo y el humus de pantanos los fertiliza. Aquí, en las pendientes, el terreno arenoso también ha mejorado por la nueva distribución de aguas que ha hecho Gervasio. Desde que la propiedad está entre sus manos y las de Clara, ha doblado casi su valor. Es una constante prosperidad; la victoria del trabajo no tiene límites.

—¿Para qué, si el amor ha desaparecido?—murmuró Mariana.

—He llegado hasta el río—continuó Mateo,—y desde lejos he visto que Gregorio ha recibido la máquina que Dionisio ha construido para él. La estaban descargando en el patio. Sirve para activar el movimiento de las muelas, y dicen que ahorra una tercera parte de fuerza. Con útiles parecidos, la tierra producirá océanos de trigo para alimentar a los hombres. Todos tendrán pan. Esa máquina del molino creará nuevas riquezas.

—¿Para qué, si el odio reina entre los hombres?—repitió Mariana.

Mateo calló. Pero como había tomado una resolución durante su paseo, dijo a su mujer al acos-

farse que al día siguiente iría a París, y como viera que le sorprendía la noticia, pretextó una cuenta antigua que debía saldar. La verdad era que aquella lenta muerte de Mariana le mataba a él mismo, y quería intentar un paso decisivo.

Al día siguiente, a las diez, Mateo llegó a París, y tomando un coche, se hizo llevar directamente a la fundición de Grenelle. Ante todo quería ver a Dionisio, que hasta entonces no había tomado parte en la querrela. Dionisio estaba instalado en el hotel desde unos días después de la muerte de Constanza. Aquello fué la toma de posesión total de la fábrica, la conquista decisiva del palacio lujoso donde reinaba el amo. Sin embargo, Beauchêne vivió durante algunos años todavía; pero su nombre no figuraba ya en la razón social, pues había vendido su última parte de propiedad a cambio de una renta vitalicia. Una tarde murió al cabo, en casa de sus dos amigas, herido por un ataque fulminante de apoplejía, al terminar un opíparo almuerzo. Fué la muerte del hombre egoísta, del marido que faltó a sus deberes, el último escobazo que acaba con una raza.

—¿Qué buen viento te trae?—exclamó alegremente Dionisio cuando vió a su padre.—¿Vienes a almorzar conmigo? Todavía estoy soltero, pues hasta el viernes no iré a buscar a Marta y a los niños, que han pasado un buen verano en Dieppe. Luego se alarmó cuando supo que su madre estaba enferma.

—¿Dices que mamá está enferma? Yo la creía únicamente fatigada; pensé que tenía una ligera indisposición. Veamos; dime lo que ocurre.

Escuchó entonces el relato preciso y completo que le hizo Mateo de lo que ocurrió en su casa. Después de haberle oído, exclamó con verdadera cólera:

—¡Cómo! Parece imposible que sean tan torpes mis hermanos. Ya sabía que se habían peleado; pero no creía que las cosas hubieran llegado a tal extremo; es preciso acabar todo esto. Quiero ver en seguida a Ambrosio. ¡Ea! ¡vamos a almorzar con él y acabemos de una vez!

Tenía algunas órdenes para dar antes de salir, y Mateo bajó a esperarle en el patio. En tanto que esperaba, evocó en un momento las imágenes de lo pasado. Vió cuando era empleado y atravesaba cada mañana aquel patio llegando a Jonville con los seis reales del almuerzo en el bolsillo. Aquel era el mismo sitio de siempre, el cuerpo central con su gran reloj, los talleres, los cobertizos, una serie de construcciones grises dominadas por las dos inmensas chimeneas que humeaban sin cesar. Su hijo había ensanchado aún aquel templo del trabajo, y nuevas construcciones se levantaban en aquel solar en forma de escuadra que llegaba desde la calle de la Federación al boulevard Grenelle. Ocupando el ángulo, estaba el hotel de ladrillo encuadrado en piedra blanca, de que tan orgullosa se mostraba Constancia, donde recibía a sus amigos en el saloncito tapizado de seda amarilla. Trabajaban allí ochocientos obreros, y el suelo retemblaba con la trepidación de las máquinas, pues la fundición se había convertido en la casa más importante de París, de donde salían todas las máquinas agrícolas, ¡las poderosas obreras que preparaban la tierra! ¡Y ahora era su hijo al que la fortuna había convertido en rey de la industria; era su nuera la que, rodeada de sus hijos, recibía en el salón amarillo! En tanto que miraba enternecido hacia el pabelloncito que en otro tiempo ocupara con su esposa, un obrero anciano que pasaba por el patio, le saludó por su nombre.

—¡Buenos días, señor Froment!

Reconoció a primera vista a Víctor Moineaud, que contaba ya cincuenta y cinco años, más envejecido que su padre cuando su mujer iba a la fundición a ofrecer los servicios de sus hijos, demasiado jóvenes aún. Llevaba ya el pobre más de cuarenta años de trabajo penosísimo. Era el destino inicuo, que se cebaba en una familia, el trabajo rudo que aplastaba al hijo después de haber destrozado al padre, que le dejaba inhábil para sí mismo y para los otros, después de haber aprovechado todas sus fuerzas, de haber consumido todas sus energías.

—¿Cómo está usted, Víctor? ¿Están todos buenos en casa?

—¡Ah! señor Froment; ya soy viejo. ¡Ya debo pensar en meterme en cualquier agujero! ¡Con tal que no vaya a parar bajo las ruedas de un coche!

Aludía a la muerte de su padre, al que atropelló un coche, matándole del golpe, en la calle de Grenelle.

—Después de todo, lo mismo da morir de una manera que de otra. Mi padre, en medio de todo, tuvo suerte. A no ser por Norina y Cecilia, hubiese muerto de hambre.

—¿Siguen bien Cecilia y Norina?

—Sí, señor Froment; por lo menos me lo figuro, pues no las veo a menudo. Ya no quedamos más que ellas y yo, pues Irma no nos trata desde que está rica. Eufrasia murió y el bandido de Alfredo ha desaparecido, de lo que me alegro mucho, pues siempre temía verle en presidio. Cuando sé de Norina y Cecilia, me alegro de veras. Norina tiene ya sesenta años; pero está robusta y vive para su hijo. Cecilia, que era tan delicada, todavía va tirando. Son dos madres para ese chico, que parece que es un buen muchacho.

Mateo hacía signos de aprobación.

—¿Y qué se han hecho de los hijos de usted, Víctor? Supongo que algunos de ellos ya deben tener hijos a su vez.

El anciano obrero no contestó al momento.

—He tenido ocho—dijo al fin,—uno más que mi padre; todos han desaparecido... Hay algunos que van pasando y otros que no tienen ni pan que llevar a la boca. ¡Ah! ¡Señor Froment! No sé si cuando me rinda el trabajo encontraré un hijo que me recoja como Cecilia y Norina recogieron a nuestro padre. ¿Qué quiere usted? Es semilla de pobres, y esa semilla grana siempre mal.

Calló un momento. Luego, continuando su marcha hacia la fundición, encorvado y con las manos caídas a lo largo del cuerpo:

—Hasta la vista, señor Froment.

—Hasta la vista, Víctor.

Dionisio se unió a su padre y los dos fueron a pie hasta la avenida de Antín. Por el camino, Dionisio dijo que encontrarían solo a Ambrosio, porque su mujer y sus hijos estaban también en Dieppe con Marta. La fortuna de Ambrosio había duplicado en pocos años. A los cuarenta y uno, apenas, era uno de los dueños del mercado de París. Al morir su tío, le dejó único heredero de su casa de comisión, y gracias a su espíritu emprendedor, había ensanchado la esfera de sus negocios. No existían fronteras para él; todos los países de la tierra le enviaban sus riquezas, y se esforzaba sobre todo en sacar de las colonias todos los productos tan solicitados en la vieja Europa. El negociante, cuya actividad fecunda ganaba verdaderas batallas, debía fatalmente absorber a los Seguín, ociosos, impotentes y estériles. En la ruina de su fortuna, en la dispersión del matrimonio, había querido su parte, y se quedó con el hotel que habitaban. Seguín hacía años que no vivía

allí, y habitaba en el club desde que se separó amigablemente de su esposa. Los otros dos hijos habían desaparecido; Gastón, que era comandante, estaba en provincias, y Lucía había profesado ya.

Valentina vivía en un piso muy alegre y elegante del boulevard Maiesherbes, convertida en una devota, presidente de una sociedad de beneficencia infantil, cuidando de los hijos ajenos, ella que no había cuidado de los propios. Ambrosio se había instalado, pues, en el hotel cargado de hipotecas hasta el punto que cuando se abriera el testamento de Seguín, de fijo que los herederos le deberían dinero.

¡Cuántos recuerdos asaltaron la mente de Mateo al entrar con Dionisio en el suntuoso hotel! Allí, como en la fundición, se veía entrando, como un inquilino necesitado que reclamaba la reparación de una techumbre, a fin de que el agua no inundara las camas de los cuatro hijos que se atrevió a engendrar. En la misma fachada suntuosa, de dos pisos con ocho anchas ventanas; el vestíbulo de bronce y mármol que daba paso a los vastos salones de la planta baja, el gran despacho de Seguín, la inmensa pieza iluminada por la claraboya formada por antiguos cristales de colores. La vió primero llena de antiguallas, de viejos tapices, de porcelanas y libros y toda suerte de cachivaches de lujo; la vió después abandonada y triste, con un aspecto desolado que denunciaba la ruina de la casa. Su hijo la había enriquecido nuevamente haciéndola restaurar por completo. Actualmente, el hotel entero revivía, más lujoso aún, lleno en invierno del alegre ruido de las fiestas que allí se celebraban, resonante de las risas de los niños, resplandecientes de la brillantez de aquella fortuna que renovaba sin cesar el trabajo. Ya no era a Seguín el ocioso, al obrero de la destruc-

ción a quien Mateo iba a ver, sino a su hijo Ambrosio, al hombre de energía creadora, cuya fuerza y voluntad le hacían vencer en aquella morada del vencido. Ambrosio había salido; pero volvería pronto para almorzar. Mateo y Dionisio le esperaron, y cuando el primero iba examinando las habitaciones, quedó sorprendido al ver que le detenía una señora sentada en un sillón, en la que no se fijara al entrar.

—Ya veo que el señor Froment no me reconoce.

Era una mujer alta y gorda, que tenía lo menos sesenta años, pero muy cuidada y alegre, con un rostro alargado que coronaban respetables cabellos blancos. Parecía una buena burguesa de provincias en traje de visita.

—Celeste... Celeste, la camarera de la señora Seguin.

Entonces Mateo la reconoció perfectamente, disimulando el estupor que le causaba su buen aspecto, pues si alguna vez se acordó de ella, la creyó perdida por completo, viviendo miserable. Con aire plácido y alegre, explicó su suerte.

—Estoy muy contenta... Me había retirado a Rougemont y allí me casé con un antiguo marino, un oficial retirado que cobra una gran pensión y cuenta, además, con una fortuna que le dejó su primera mujer. Como tiene dos hijos que ya son hombres, me permití recomendar el menor al señor Ambrosio para que le tomara en su casa de comercio, como lo ha hecho. Y ahora he aprovechado mi viaje a París para darle las gracias.

Lo que no decía es el modo cómo se casó. Entró en casa del marino como muchacha de servicio, fué luego la querida del amo, y por fin, su esposa legítima cuando murió la primera, cuyo fin apresuró. Trataba muy bien a su marido y había colocado a sus dos hijos, gracias a las buenas re-

laciones que tenía en París. Después de unos momentos, continuó:

—No puede usted imaginarse lo que me he alegrado al verle pasar, señor Froment. ¡Hace ya muchos años que tuve el honor de verle a usted aquí por primera vez!... ¿Recuerda usted a la Cou-teau? Vive muy tranquila con su marido en una casita de su propiedad, comiéndose la renta de sus economías. Ya es una vieja; pero ha enterrado a mucha gente, y todavía está para enterrar a media humanidad. Y a la señora Menoux, a la mercera del lado, ¿la recuerda usted? Esa sí que fué desgraciada. En seis meses se le murieron hijo y marido y ella se murió también de pena. Yo pensé llevarla a Rougemont, donde el aire es tan puro; pero la pobre murió antes. No puede usted figurarse lo sano que es mi pueblo. Hay muchos viejos de noventa años... Es una tierra saludable, un verdadero paraíso.

Y el abominable, el sangriento Rougemont, resurgió también de las brumas de lo pasado, levantando su campanario sobre la llanura, con su cementerio empedrado de niños de París que dormían bajo las flores que cubrían tantos asesinatos.

—¿No ha tenido usted hijos, después de casada? —preguntó Mateo, que quería sostener la conversación.

—¡Bah! ¡señor Froment! Soy ya demasiado vieja para eso—respondió Celeste sonriendo.—¡Ah! la señora Bourdieu, a la que creo que conoció usted, ha muerto hace algunos años en una finca que había comprado cerca de Rougemont. Tuvo más suerte que la Rouche. A ésta ya debe usted saber que la promovieron un proceso y la condenaron a galeras. Al mismo tiempo que a ella, condenaron a un médico, Serraille. Sé que entre los dos perpetraban verdaderas abominaciones.

¡La Rouché! ¡Serraille! Sí; recordaba los nombres y hechos, y recordaba también los dos dramas a que estuvieron mezclados y que hirieron los Morange y a su hija Reina. Ya en el patio de la fundición, había creído ver pasar la sombra de un pobre hombre tímido, servicial y bondadoso, abatido bajo el peso de la mala suerte. Y ahora surgía de nuevo, sombra errabunda, víctima de errores y preocupaciones ajenas, pobre ser castigado por crímenes que no cometiera, condenado a morir con remordimientos, a purgar culpas ajenas. Y detrás de Morange, resignado y sin consuelo. Mateo vio pasar a mejor vida a Serafina, atormentada por la lascivia que no podía satisfacer que la mataba.

—Dispéñseme usted de haberle molestado, señor Froment; pero estoy muy contenta de haberlo visto.

Mateo siguió su inspección y dijo al despedirse:

—Le deseo muchas prosperidades...

Pero la verdad era que se sentía trastornado por la aparente injusticia de la suerte. Sin querer, recordaba la enfermedad de Mariana, a la que mataban las discusiones de sus hijos. Y cuando Ambrosio le abrazó al entrar, después de recibir las gracias de Celeste, sintió una angustia indecible pensando que había llegado el momento decisivo que podía echarlo a perder todo o hacer renacer el amor y la fraternidad entre sus hijos.

—No hemos venido por único gusto de almorzar contigo... Mamá está enferma. ¿Lo sabías?

—¿Enferma... pero, grave?

—Sí, muy grave: de cuidado. ¿Y sabes que está enferma desde el día que vino a hablarte de esas tonlas disputas de Gervasio y Gregorio y, en que tú la recibiste con cajas destempladas?

—¿Yo? No, no. Hablábamos de negocios y la ha-

contestado quizás con alguna rudeza; pero nada más.

Y volviéndose hacia Mateo:

—¿Es verdad, padre, que mamá está enferma de cuidado?

Y como viera que Mateo decía que sí con la cabeza, sintió una emoción verdadera.

—¡Vaya! Eso no puede continuar así. Yo creo que Gregorio tiene razón; pero no importa. Es preciso que hagan las paces, a fin de que mamá no padezca más. ¿Por qué no les habéis avisado lo que ocurría? Estoy seguro de que hubiesen reflexionado.

De repente abrazó a su padre, en uno de esos arranques espontáneos que le eran peculiares y que en los negocios le habían dado tan buenos resultados, porque los tenía siempre para ver con claridad las cuestiones más embrolladas.

—Tú eres el más previsora y el más listo de todos.

Aunque Gregorio tenga razón, debe despreciar ese interés secundario en aras del interés superior de la familia y común a todos, que quiere que la solidaridad no se quebrante nunca entre nosotros, pues merced a ella somos invencibles. Nuestra fuerza está en la unión. Todo lo arreglaremos. Ahora almorzamos y tomamos el tren. Dionisio y yo te acompañamos a Chantebled... Es preciso que esta noche se hayan firmado las paces... Yo me encargo de ello.

Mateo, contento y risueño al ver que al cabo volvían a ser sus hijos lo que siempre fueron, bajó con Ambrosio para ver el jardín de invierno que se ensanchaba a la sazón para poder dar grandes fiestas. Luego almorzaron y Ambrosio se excusó de tenerlos que recibir de aquella manera tan sencilla, pues su familia estaba en el campo y no tenía sino una cocinera.

—En cuanto a mí—dijo Dionisio,—cómo siempre en el restaurant, cuando Marta está fuera.

—Porque no eres gourmet—replicó Ambrosio;—pero ya sabéis que a mí me gustan los buenos manjares. ¡Ea! tomad a prisa el café, y vámonos.

Llegaron a Jonville a las dos. Su plan consistió en ir primero a Chantebled, para que Dionisio y Ambrosio pudieran hablar con Gervasio, que tenía un carácter afable y dispuesto siempre a la conciliación. Luego irían a buscar a Gregorio y le sermonearían y le impondrían las condiciones de paz que se hubiesen acordado. Pero a medida que se aproximaban a la granja, les aparecían con mayor claridad las dificultades de la tarea que tendrían a su cargo, y comprendían que tendrían que reñir dura batalla.

—Vamos a ver antes a mamá—dijo Dionisio;—la abrazaremos, y esto nos dará valor.

A Ambrosio le pareció excelente la idea.

—Sí, subamos; mamá ha sido siempre muy inteligente y de fijo nos va a dar un buen consejo.

Subieron al primer piso donde suponían encontrar a su madre acompañada únicamente de Carlota. Así fué que quedaron estupefactos cuando al entrar vieron a su madre en un sillón, con las dos manos entre las de Gregorio y teniendo a su lado a Gervasio y Clara, que sonreían alegremente.

—¡Toma!—exclamó Ambrosio;—¡ya están hechas las paces!

—¡Y nosotros que temíamos no poder lograrlo!—replicó Dionisio.

Mateo, tan sorprendido como sus dos hijos, explicó a los otros que había ido a buscarles.

—Soy yo quien les ha rogado que vinieran. Ahora que están aquí, la reconciliación será completa.

Los otros contestaron con alegres carcajadas. Los dos mayores habían llegado tarde; ya no eran

necesarias su habilidad y su diplomacia. Mariana, con los ojos humedecidos, dichosa hasta el punto de que casi se sentía curada, dijo a Mateo:

—Ya ves, amigo mío, cómo todo está arreglado. Yo misma no sé cómo ha sucedido... Gregorio vino y me abrazó y quiso que vinieran Gervasio y Clara. Luego les dijo que los tres estaban locos peleándose y causándome tanta pena. Se abrazaron y, ya lo ves, todo se acabó.

Alegremente, Gregorio explicó cómo había ocurrido aquello.

—He de deciros la verdad. No soy yo quien he hecho esta buena obra. Es Teresa, que tiene muy buen corazón y es además testaruda como una mula. Ayer supo, no sé cómo, que mamá estaba enferma de pena y se esforzó en probarme que debíamos terminar esta querrela, en la que todos perderíamos. Esta mañana ha estado de nuevo a la carga, y no me ha dejado hasta que le he prometido que haría lo que quisiera... Faltaba convencer al suegro. Teresa se ha encargado también de ello y ha cumplido tan bien, que ahora imagina ser el vencedor. Le ha persuadido de que lo más conveniente era ceder a la granja esos baldíos estériles, haciéndoselos pagar a precio de oro...

Luego, volviéndose hacia sus dos hermanos, dijo en tono de broma:

—Te ruego, Gervasio, y también a tí, Clara, que os dejéis robar. Va en ello la paz de mi hogar. Dejad creer a mi suegro que siempre tuvo razón y que nosotros somos un atajo de imbéciles.

—Todo el dinero que quiera—contestó Gervasio.—Esa faja de tierras incultas era un deshonor para la granja. Parecía una cicatriz de piedras y espinas. Hace tiempo que anhelo ver la propiedad extendiendo sin obstáculo todas sus mieses bajo los rayos del sol. Chantebled puede pagar su gloria,

Quedó todo convenido. El molino vería llegar de nuevo todo el grano de la granja, aumentado por el de un nuevo campo. Mariana curaría, y el amor y la solidaridad familiares, que habían impuesto la reconciliación, continuarían reinando entre todos los individuos de aquella familia, que era fuerte porque estaba unida.

La alegría que sintió Mariana al ver reunidos a sus hijos mayores, de nuevo reconciliados e invencibles, subió de punto al ver entrar a Carlota con las tres hermanas menores, casadas en la comarca, que sabiendo que su madre estaba enferma acudían a verla.

—¡Todos juntos!—dijo Ambrosio.—La familia está reunida; es una verdadera reunión del consejo real. Ya ves, mamá; tu corte entera está a tus pies y no te permite que tengas ni una simple jaqueca.

Al aparecer Benjamín detrás de las muchachas redobló la alegría.

—¡Y nosotros que olvidábamos a Benjamín!—exclamó Mateo.

—Ven, hijo mío, ven a abrazarme a tu vez—murmuró Mariana conmovida.—Esos grandullones se ríen porque eres el pequeñín. Si te mimo mucho, eso no les importa. Diles que toda la mañana me has hecho compañía y que, después de comer he querido yo que fueras a pasear.

Benjamín sonreía con dulzura.

—Ya les he visto entrar; pero he esperado que hubiesen abrazado para subir.

Tenía ya veintiún años, y era un guapo mozo de una constitución un tanto débil. Aunque no hubiese estado nunca enfermo, su madre le cuidaba mucho. Todos sus hermanos le querían entrañablemente a causa de su docilidad. Había crecido como una planta de invernáculo, sintiendo un des-

seo vago que no acertaba a formular. Sus padres, viendo que no manifestaba vocación por ninguna carrera, que ni tan sólo parecía pensar en el matrimonio, no le contrariaron en lo más mínimo, pensaron quizá en guardar egoístamente para ellos aquel fruto tardío de su amor, aquel regalo que les hacía la vida, su eterna amiga. ¿No habían dado ya a la sociedad sus demás hijos? ¿Por qué, pues, no guardar a su lado el último, el que no les abandonararía nunca, que no tendría otra ocupación que querer y ser querido? Aquel era el sueño que en secreto acariciaban, aquella la recompensa que querían, recompensa bien merecida para los que tanto habían sufrido y luchado en la vida y por la vida, esa devoradora que lo da todo y todo lo vuelve a tomar.

—Oye, Benjamín—dijo de repente Ambrosio,—tú que tanto te interesas por Nicolás, ¿quieres noticias tuyas? Las tuve anteayer... Ya que es el único de nosotros que falta, bien podemos hablar de él.

Benjamín respondió:

—Sí; dime, dime. ¿Qué te cuenta? ¿Está bueno? La partida de Nicolás le había producido una gran impresión. Aun cuando sólo contaba doce años y habían transcurrido ya nueve, guardaba vivo el recuerdo de aquella escena.

—Ya sabéis—dijo Ambrosio,—que estoy en relaciones de comercio con Nicolás. Si tuviéramos en nuestras colonias algunos mozos de su inteligencia y de su valor, pronto recogeríamos todas las riquezas esparcidas por esas tierras vírgenes, donde están ocultas sin provecho para nadie. Si mi fortuna crece, es porque procuro que parte de esas riquezas entre en mis almacenes. Nicolás se instaló primero en el Senegal, con su mujer Isabel, que es una digna compañera suya. Gracias a los miles de

francos que se llevaron de aquí, pudieron establecer un almacén de venta de comestibles y ropas, y sus negocios les marchaban admirablemente. Pero yo comprendía que aquello era poco aún para la actividad y los vuelos de Nicolás; me imaginaba que aquella pareja tan emprendedora necesitaba mayor espacio, tierras desconocidas que aprovechar. De repente me avisaron que marchaban al Sudán, al valle del Níger, a esa región punto menos que desconocida. Llevaba consigo a su mujer y a los cuatro niños que ya tiene y juntos marcharon al azar, exploradores de audacia incomparable, a la conquista de un nuevo mundo. Al saberlo, os confieso que sentí alguna inquietud; pero de todos modos, me entusiasmaba la energía activa, la audacia tranquila y segura de sí misma de Nicolás, que iba hacia aquellos países con la certidumbre de someterlos y de poblarlos.

Reinó un momento de silencio. Parecía haberse sentido pasar un soplo de lo infinito venido de allá abajo, de la región misteriosa, de las llanuras vírgenes. Y la familia pensó en el hijo, en que uno de los suyos iba a través del desierto a esparcir la buena semilla humana, bajo la inmensidad del cielo.

—¡Ah!—murmuró Benjamín, mirando con sus hermosos ojos hacia el horizonte.—¡Cuán feliz es viendo otros ríos, otras selvas, otros soles!

Mariana se estremeció.

—¡No, no! hijo mío; no hay otros ríos que el Yeuse, otras selvas que nuestros bosques de Lillebonne, ni otro sol que el sol de Chatebled... Abrazame otra vez, abracémonos todos, y yo me curaré y jamás nos separaremos.

Todo el mundo sonrió con verdadera alegría. Fué aquel un gran día, la fecha de una victoria, la más decisiva que la familia hubiese alcanzado

sobre sí misma, no permitiendo que la discordia la destruyera. En lo sucesivo, podía considerarse inexpugnable, soberana. Al anoecer de aquel día Mateo y Mariana se encontraron como la víspera sentados uno junto a otro cerca de la ventana, desde donde veían la propiedad entera hasta el horizonte, detrás del cual estaba París envuelto en una neblina roja que despedía su gigantesca fragua. ¡Pero cuán poco se parecía aquella serena velada a la anterior, cuán grande era la felicidad que les inundaba y cuán infinita la esperanza que sentían al tener la certeza de que sería imperecedera la obra que fundaron!

—¿Estás mejor? ¿Sientes renacer tus fuerzas y latir libremente el corazón?

—Sí, Mateo, me siento curada, pues únicamente me mataba la pena. Mañana estaré restablecida.

Entonces Mateo, fija la vista en la propiedad que había conquistado y que se extendía sin fin bajo los rayos del sol poniente, tuvo un ensueño. De nuevo se evocaron los recuerdos y se recordaba aquella mañana tan lejana en que dejó a Mariana y a sus hijos los seis reales para todo el día, en el pabellón de caza destartalado donde habitaban para economizar. Entonces tenían deudas, representaban la alegre, la divina imprevisión manteniendo aquellas cuatro boquitas, nunca saciadas que simbolizaban el triunfo de su amor, de su fe en la vida. Luego recordó su vuelta por la noche, los trescientos francos de su mensualidad, los cálculos que había hecho dominado por una cobarde inquietud, turbado por el egoísmo emponzoñado que traía de París. Los Beauchéne que vivían en el seno del lujo con su hijo único, le predijeron la miseria para ellos y para los cuatro arrapiezos. Los Seguin, que les alquilaban la casa, habitando

ellos mismos en su lujoso hotel, dueños de muchos millones, viviendo en el seno de su lujo extraordinario, se burlaban de él y tenían la prudencia de limitarse a un niño y a una niña. Los mismos Morange le hablaron de su esperanza de dar una dote real a su hija, soñando como soñaban entonces, en un empleo de doce mil francos, llenos de compasión por la miseria de las familias numerosas. Hasta los Lepailleur sentían desconfianza hacia él, porque les debía doce francos de huevos y de leche, imaginando que no puede pagar sus deudas el que se empeña en tener tantos hijos. Recordó que entonces pensaba que jamás podría tener una fundición, un hotel, un gran empleo. Los otros eran dueños de todo, él de nada. Los otros, los ricos, eran bastante prudentes para no cargarse de familia, y él, el pobre, tenía hijos y más hijos. Era una necedad. Recordó por último la locura de amor y de esperanza, que después de todos aquellos razonamientos, le echó en brazos de su Mariana, creyente y amorosa, impulsado por el soberano deseo que quería un niño más, otro sér, aunque aumentara la eterna creación de los seres.

Al cabo de cuarenta años, su locura resultaba previsión. Si había vencido, fué gracias a su fe, a su imprevisión divina. El pobre había derrotado a los ricos; el sembrador que lanzaba la semilla a manos llenas, seguro del porvenir, era el que recogía todas las mieses. La fundición de los Beauchéne era suya por su hijo Dionisio, y le aparecía con su trabajo incesante, con la trepidación de sus máquinas y con los millones acumulados que se forjaron sobre sus yunques.

También era suyo el hotel de los Seguin por su hijo Ambrosio, que lo había enriquecido con los despojos de las cinco partes del mundo. Asimismo,

era suyo el molino de los Lepailleur, por su hijo Gregorio, que había decuplicado su importancia y adquirido nueva prosperidad por un último regaio de la fortuna, que premia siempre el trabajo, el esfuerzo triunfante. Un castigo trágico, desmesurado, hirió a los Morange como una tempestad de sangre y de demencia. Vió pasar ante la vista de su imaginación otras basuras sociales que iban hacia la cloaca: Serafina inútil, herida en su placer; los Moineaud dispersos, aniquilados por la ponzoña del medio ambiente, y él, Mateo, era el único que quedaba en pie, vencedor con Mariana, frente de aquel dominio de Chantebled, conquistado sobre los Seguin, en el que, sus hijos Gervasio y Clara reinaban ahora prolongando la dinastía de su raza en aquel reino que era suyo, los campos se extendían prodigiosamente fértiles, patentizando la lucha, el esfuerzo heroico de toda su existencia. Todo aquello era obra suya, todo aquello era vida engendrada por ellos, seres y cosas, hijos de la voluntad de su energía, que incesantemente creaba un mundo y producía nuevas existencias.

—Mira, mira—murmuró Mateo,—todo esto ha nacido de nosotros, y es preciso que nos amemos aún, que seamos dichosos para que todo esto viva.

—¡Ah!—replicó Mariana alegremente,—estoy segura de que vivirá eternamente, pues al abrazarnos hoy, hemos encadenado la victoria.

¡La victoria! Era la necesaria, la natural que alcanza toda familia numerosa. Por ella, por el empuje fatal del número, habían acabado por invadirlo y poseerlo todo. La fecundidad era la soberana, la invencible conquistadora. La había hecho ella, sin que la hubiesen ayudado sino cumpliendo su obra de amor y de fe. Y ahora estaban unidos ante su obra como héroes admirables, or-

gulosos de haber sido fuertes y buenos, de haber engendrado mucho y creado mucho, dando al mundo alegría, salud y esperanza, a través de las luchas eternas y de las eternas lágrimas.

¶

Mateo y Mariana vivieron más de veinte años, y él contaba noventa, y ella ochenta y siete, cuando sus tres primogénitos Dionisio, Ambrosio y Gervasio, concertaron celebrar sus bodas de diamante, 70º aniversario de su matrimonio, con una fiesta en que se reunirían, en el dominio de Chanbled, todos los individuos de la familia. Aquello no era tan fácil como parecía. Cuando tuvieron hecha la lista exacta, encontraron, nacidos de Mateo y de Mariana, cincuenta y ocho descendientes, entre hijos, nietos y biznietos, sin contar algunos recién nacidos, los de la cuarta generación. Añadiendo los parentescos contraídos, las esposas y maridos venidos de fuera de la familia, serían trescientos. Y ¿dónde encontrar en la granja una habitación capaz para poner la enorme mesa del almuerzo patriarcal que soñaban? El aniversario se cumplía el día 2 de junio, y la primavera era, aquel año, de una dulzura y esplendor incomparables. En vista de esto, se decidió que el almuerzo se celebraría al aire libre, enfrente del antiguo pabellón, en medio del gran cuadrado, cerrado por cortinas de árboles soberbios, que dejaban aquel trozo de terreno convertido en una inmensa sala de verdor. Allí estarían en su casa, entre la hierba bienhechora, bajo aquella gigante encina central, plantada por los viejos, cuya pu-

lulante descendencia iba a celebrar su fecundidad feliz.

La fiesta quedó concertada, organizándola sus iniciadores con verdadero fervor y alegría. Todos sintieron deseos vehementes de asistir, y acudieron a la cita triunfal desde los viejos de cabellos blancos, hasta los galopines que chupaban todavía su pulgar. No faltó tampoco el cielo azul; el sol resplandeciente, el dominio entero, los campos en flor, las fuentes murmuradoras, todo se asoció a la fiesta. Era magnífico el espectáculo que ofrecía aquella larguísima mesa, colocada entre las hierbas, con su lujosa vajilla y sus manteles blancos, niveos, acribillados a través del follaje por una dorada polvareda del astro rey. El agosto matrimonio, el padre y la madre, debían sentarse juntos, uno al lado de otro, en el centro, bajo la encina. Después, todos los matrimonios harían lo mismo, sentándose cada marido al lado de su mujer, por rango de generación, y en cuanto a los jóvenes, las mozas, los galopines y las niñas, se sentarían a su placer, donde quisieran o pudiesen.

Desde por la mañana, irían llegando en grupos, al nido común de la familia dispersa, por los cuatro puntos del horizonte; sin embargo, la muerte había visitado a muchos que no podrían asistir. Los huéspedes del cementerio de Jonville dormían tranquilamente, aumentando su número de cada año. Después de Rosa y Blas, que fueron los primeros en partir para siempre, otros les habían seguido, para dormir como ellos el sueño eterno, llevando al cementerio cada vez un pedazo del corazón de aquella familia, haciendo de aquella tierra sagrada, una tierra de culto, de imperecedera memoria. Carlota, tras largo tiempo de sufrimiento, habíase reunido a Blas, dejando, para que la reemplazara cerca de Mateo y Mariana, a su